

guarnición de la ciudad, tanto en número como en elementos de defensa.

Después de pasar una hora almorzando, las fuerzas del ejército sitiador reasumieron su marcha. Pero en lugar de atacar la posición defendida por el General Díaz, que era lo que se esperaba á causa del lugar que ocupaba, volvieron hacia la izquierda como si fuera su intención rodear la ciudad y atacarla por la retaguardia. Pero sucedió lo inesperado; pues la caballería se detuvo frente á la puerta de la ciudad que da al camino de Amozoc, mientras que la infantería continuó su marcha hasta llegar frente al fuerte de Guadalupe, donde se detuvo y comenzó á dirigir sus baterías. Como esta maniobra ocupó bastante tiempo, era ya medio día cuando estuvieron en situación de iniciar su ataque contra las posiciones más fuertes de los defensores. Los franceses comprendieron perfectamente bien la fuerza de esta posición, pero confiaron mucho en su habilidad y en lo insignificante de la resistencia que el ejército mexicano sería capaz de hacer. Comprendieron muy bien que tomando posesión del cerro de Guadalupe y volviendo los cañones de la fortaleza sobre la ciudad, la batalla estaba en su mayor parte ganada; pues ni aún la fortaleza de Loreto, ni las baterías de la plaza serían capaces de resistir el ataque combinado de los cañones del fuerte de Guadalupe y á las baterías de campaña de las fuerzas sitiadoras.

Aunque Zaragoza había reconcentrado la mayor parte de sus fuerzas en las dos fortalezas al Oeste de la ciudad y fortalecido la ladrillera del Norte, lo había hecho por considerarlas las posiciones más fuertes y más importantes con que se tenía que encontrar el enemigo, y especialmente porque los cañones de ambas fortalezas podían ser vueltos contra los sitiadores, cualquiera que fuese el lugar por donde éstos decidieran aproximarse á la ciudad. Por consiguiente, el comandante mexicano se sorprendió mucho cuando las tropas francesas hicieron alto frente á Guadalupe y comen-

zaron á disponer para el ataque sus baterías de campaña. Pero la disposición que los sitiados habían dado á sus tropas, que les permitía trasladarlas rápidamente de un punto á otro, les fué de gran utilidad en las circunstancias que tan inesperadamente se presentaron; pues le permitió á Zaragoza cambiar sin la menor demora su frente de batalla. La brigada de San Luis al mando del General Berriozábal y el batallón de San Luis, fueron enviados apresuradamente hacia delante á reforzar los dos fuertes amenazados, el de Guadalupe y el de Loreto; mientras que la línea entre Remedios y Guadalupe que había estado defendida por esas tropas, fué protegida por parte de la caballería compuesta de los lanceros de Toluca y de la avanzada de Solís. Como había peligro de un ataque sobre la posición defendida por el General Díaz, se quedó detrás y en su auxilio el resto de la caballería al mando del Coronel Félix Díaz.

Berriozábal extendió su línea de infantería rápidamente entre los dos fuertes. A la derecha se encontraban los dos batallones de Toluca y las tropas de Veracruz reforzadas con las baterías de Tetela y Zacapoaxtla, mientras que la retaguardia estaba formada por el batallón de San Luis. Era la defensa más fuerte posible que se podía hacer del lugar, sin dejar las otras partes de la línea débiles.

Entre el lugar ocupado por los franceses y los fuertes, hay una regular extensión de terreno accidentado que proporciona espléndida protección á los soldados de las fuerzas sitiadoras: de esto se aprovechaban los franceses, aproximándose rápidamente y librándose de los cañones de Guadalupe, gracias á las proyecciones, rocas salientes y montículos en que abundaba esa parte del campo de batalla. Los cañones continúan su bombardeo sin hacer gran daño á las fuerzas enemigas que se aproximan. Pero un silencio sepulcral prevalece todo á lo largo de la línea de Berriozábal que se extendía en el terreno accidentado entre los dos fuertes. Repentinamente aparecen los franceses en el campo llano donde no

había ningunas proyecciones que los defendieran, cuatro columnas de mil hombres cada una; y la infantería de Tetela y Zacapoaxtla inmediatamente avanza á su encuentro, mientras que las baterías de Guadalupe vomitan sobre ellos un fuego mortífero y á corta distancia que barre amplios espacios en sus líneas. Pero la fuerza francesa no vacila ni un solo momento en su avance. Palmo á palmo rechaza á los mexicanos dentro de sus líneas de defensa y ocupa el lugar libre frente al fuerte. En estos momentos el cuerpo principal del ejército francés aparece sobre la cresta del monte; hacia la izquierda y en dirección de Loreto. Avanzan como quienes están seguros de la victoria, con el mismo ímpetu galo que les ha ganado tantas victorias, sin cuidarse de la terrible granizada de balas y granadas que les lanzaban las baterías de ambos fuertes. Pero, repentinamente se levanta en su camino, como salida de la tierra, una muralla humana que les cortó el paso y una doble hilera de relumbrantes bayonetas brilla en el sol, y pronto una tremenda descarga cerrada cubre á toda la línea. Son los batallones de Orizaba y Negrete que habían quedado ocultos; los soldados tendidos sobre la tierra y protegidos por las desigualdades del terreno. Al mismo momento se mueven hacia la derecha los batallones de Toluca y Veracruz y amenazan colocar las fuerzas atacadoras entre dos fuegos. Semejante posición no puede ser sostenida por mucho tiempo, y los franceses se ven obligados á ponerse en retirada seguidos por la infantería y caballería mexicanas, las cuales los arrojan de la montaña. Por último tienen que romper sus filas y completar en desorden su retirada hacia el cuerpo del ejército. Pero Laurencez, el comandante francés, envía inmediatamente otra columna para reforzar las fuerzas rechazadas y darles tiempo de reorganizarse; lo cual pronto logran hacer. Y de nuevo cargan los franceses sobre el monte, dividiendo esta vez sus fuerzas, de las cuales una parte la dirigen contra el fuerte de Guadalupe, otra contra el de la Resurrección, este

último defendido por el batallón de zapadores, mientras que un tercer cuerpo es dirigido contra la posición defendida por el General Díaz, la ladrillera; siendo el objetivo de los franceses dividir las fuerzas de los defensores, que saben son insuficientes.

Los franceses avanzan con fuerza irresistible y con un ímpetu que todo lo arrasa y llegan hasta los propios muros del fuerte de Guadalupe, en medio de una granizada de balas y metrallas de las baterías de la fortaleza, que diezma sus filas terriblemente. Y otra vez son recibidos por la misma muralla de infantería mexicana que antes había detenido su marcha y de nuevo se ven en peligro de ser flanqueados y rodeados. El campo de parada frente al fuerte viene á ser teatro de la escena más sangrienta: los hombres luchan brazo á brazo haciendo uso de sus espadas y de sus bayonetas, mientras que una densa nube de humo negro producida por los disparos de la fortaleza, extiende sobre los combatientes un inmenso manto que los oculta á las ávidas miradas de los espectadores de ambos ejércitos. Uno y otro lado pelean desesperadamente y los oficiales por todas partes urgen á sus soldados á continuar la terrible lucha. Es aquel espectáculo un feroz delirio de locura: y como si los mismos cielos estuvieran en simpatía con aquella pavorosa escena, inmensos nubarrones aparecen repentinamente en grupos á lo largo de las montañas y avanzan sobre el teatro del conflicto, extendiéndose en forma de inmenso dosel, que proyecta lúgubre y amenazadora sombra sobre aquel torrente de pasiones humanas desenfrenadas. Y retumba el espacio con los truenos, cual poderosos cañonazos celestiales, y el lúgubre brillo de los relámpagos ilumina intermitentemente las oscuridades producidas por la tempestad, como en burla de los míseros esfuerzos del hombre para alterar la tranquilidad de los montes rocosos y estribados de Guadalupe, con su débil imitación de las fuerzas naturales.

Repentinamente, y como si las mismas compuertas de los cielos hubieran sido abiertas, al igual de

los días de los profetas de antaño, se precipita un diluvio de agua sobre la tierra, mientras los ejércitos contendientes pelean como demonios. Pero las circunstancias son ya demasiado desfavorables para los franceses, que tienen sobre sí gran parte de las fuerzas mexicanas y se ven por segunda vez obligados á retirarse. Pronto vuelven á formar sus líneas y por tercera vez emprenden el ataque sobre el fuerte de Guadalupe y son de nuevo rechazados y sus filas puestas en desorden.

Al mismo tiempo la otra división francesa hace un ataque desesperado contra la posición defendida por el General Díaz; la ladrillera de Azcárate.

Los invasores marchan al ataque atravesando el campo abierto á ambos lados del camino de Veracruz y, de consiguiente, son el blanco de un tremendo y mortífero fuego de la artillería mexicana. Pero aunque fila tras fila de sus batallones son segadas por la metralla, continúan valientemente su avance y logra rechazar en gran confusión á los mosqueteros de San Luis. Estos últimos se reorganizan rápidamente, gracias á la eficaz protección de sus cañones y ya unidos con el batallón de Guerrero y al mando del Coronel Mariano Jiménez, atacan el flanco derecho del enemigo y avanzan tan lejos, á pesar del fuego agostador con que son recibidos, que se ven en grave peligro de ser copados.

El General Díaz percibe inmediatamente el peligro que corre Jiménez y hace marchar apresuradamente en su auxilio los dos batallones de Oaxaca, parte de otro batallón y dos piezas de artillería, y con el resto de las fuerzas oaxaqueñas se lanza él mismo contra el enemigo á paso redoblado. Y se sigue una tremenda lucha cuerpo á cuerpo en que los franceses se ven gradualmente obligados á echar pie atrás, siendo ésta sin duda alguna, una de las más galantes refriegas que tuvieron lugar en las batallas de las guerras del imperio.

Las fuerzas enemigas en retirada intentan protegerse haciendo alto al llegar á la parte accidentada

del terreno; pero Díaz continúa esforzadamente la carga y los obliga á retirarse en confusión. Y entonces llama á sus reservas y se lanza con todas sus fuerzas contra las huestes desorganizadas de los franceses, cuya retirada se convierte en derrota. Díaz se prepara para perseguir al ejército fugitivo á su campamento; pero tiene que atender á las repetidas órdenes de Zaragoza y se ve obligado á abandonar la persecución en los precisos momentos en que la victoria había coronado las armas mexicanas á lo largo de toda la línea de batalla.

Como para coadyuvar al regocijo de esta primer victoria de un pueblo independiente sobre un ejército invasor, las nubes que hasta entonces habían cubierto el cielo y que habían descargado su copiosa lluvia sobre los combatientes, desaparecieron como por encanto y el sol glorioso de Mayo apareció más brillante que nunca iluminando el campo de batalla, lleno de los despojos de la terrible carnicería que indicaba la tremenda y desesperada lucha que había tenido lugar en esas altiplanicies.

La batalla del Cinco de Mayo dió tiempo al pueblo mexicano para prepararse para la lucha, y enseñó á los franceses que estaba México muy lejos de ser presa fácil de intervenciones é imposiciones de gobiernos, como lo había continuamente representado el partido conservador á Napoleón III y sus consejeros. Así, pues, decidieron los franceses aguardar refuerzos y alistarse para la lucha de una manera digna del enemigo que tenían que combatir. Se retiraron á Orizaba seguidos del ejército mexicano. Fortificaron esa plaza y allí aguardaron la llegada de refuerzos casi sin que se les molestara. Es más probable, que si el General Díaz hubiera estado al mando de las fuerzas mexicanas, la historia se hubiera escrito de distinto modo.

Las fuerzas nacionales fueron acampadas frente á Orizaba, mas dejaremos para capítulo aparte la descripción de los acontecimientos que siguieron.